

Colaboraciones

VENTANAS INTERIORES

Por Anastasio Rojo Vega

El invierno es una larga espera soñolienta dominada por el desmayo del clima, la penumbra de las tardes cortas y las canas grises del año senecto. Los amaneceres se hacen esperar y cuando llegan, si no ha helado, lo hacen fríos y húmedos, más de nieblas que de lluvias. El paisaje urbano se extiende desapacible, tapizado por un manto de minúsculas gotas cristalinas que cubren árboles sin hojas, bancos solitarios, coches aparcados y contenedores de basura. Calabobos que moja por igual a los inanimados que a los portadores de deseos y emociones, abotargados los unos, marchitas las otras; escalofrío que se agarra a la espalda de los exploradores forzosos de calles aún nocturnas y alumbradas por farolas. El reloj impone tiránicamente la hora comunitaria a la señalada por el cuerpo y empujados por él hombres y mujeres se cruzan camino del trabajo sin encontrarse, los sentidos romos y los deseos apagados.

Junio, en cambio, es la puerta del verano, del calor y de la carne prieta. El reinicio de programas suspendidos y el arranque de la limpieza general. Oportunidad de sacar a orear los residuos de experiencias pasadas que aún no se han podrido. Tiempo de pasar revista a las pulsiones primarias, salud, dinero, amor, y de reordenar-las por enésima vez, cada cual según sus fuerzas y sus circunstancias. Los favorecidos por la Fortuna desde las posibilidades de la plenitud, otros desde un monolito de años tan elevado que todo lo que permite divisar figura ser arqueología.

Porque con el tiempo, quien más, quien menos, acaba siendo arqueólogo y coleccionista de sí mismo. Coleccionista y coleccionado. Sujetos todos de una profunda simpatía hacia elementos imaginarios desprovistos de aplicación práctica, inútiles pero dignos de ocupar lugar destacado en el relicario de la memoria. ¿Por qué no? ¿Acaso no vemos expuestos públicamente el libro que estudiamos en el bachillerato, el tintero y las plumillas con que escribimos y las colecciones de cromos que cambiamos? ¿Quién ha decidido dar a esos objetos tan familiares un carácter semisagrado? ¿No nos crea confusión su inclusión en una especie de culto a los antepasados?. Como si los que los manejamos hubiésemos pertenecido a otra Era.

Nadie dio importancia a aquella modesta cultura material de tebeos, juguetes y lapiceras cuando estuvo en nuestras manos, así que no la guardamos, así que es más lo que sobrevive de ella en nuestra memoria como fantasma intangible, que en los desvanes como piezas museables. Eso sí, tan reales las materiales como las imaginarias gracias a la mente, que nunca para quieta, que siempre está en tran de hacer algo. Reales porque según se alejan de la existencia cotidiana las inquietudes de la vida activa, van cobrando importancia las vistas que ofrecen las ventanas de la vida interna. Miraderos que acaban cerrándose como vitrinas y recogiendo, en abigarrada almoneda, contentos, malos ratos, gentes y paisajes del pasado. Realidades y espejismos de nuestra particular Era según nosotros mismos.

Junio invita a desempolvar recuerdos, a pasear lentamente por los parques, a sentarse en un banco balcón sobre la corriente humana y a mirar jóvenes, niños y pájaros. El reloj tirano deja de serlo cuando el Sol se apodera del calendario y se suceden mañanas cálidas y placenteras en que las fantasías pueden echarse a volar entre los cúmulos, copos de algodón dulce colgados del cielo transparente. Pensamientos que se alzan como vencejos, chillando y girando a la captura de melodías infinitesimales y atómicos aromas aéreos, de reminiscencias.

Mientras las hojas de los árboles terminan de abrirse y alguien acaba de decidir cuándo acaban los nueve meses de invierno y comienzan los tres de infierno, las memorias individuales quitan el polvo a sueños que no se realizaron, a metas que no se alcanzaron y a amores que no fueron correspondidos. Y el polvo que se desprende es ternura contemplándolos a todos, dulces, agridulces y amargos.

Junio es esencialmente un mes agridulce, porque se empeña en indicarnos la medida de nuestras fuerzas en relación con la naturaleza renaciente, y melancólico, porque nos obliga a reconocer que cada vez es más lo que está a alejado de nuestras posibilidades y menos lo adecuado a nuestro estado y a nuestras energías.

Pero también es un mes que puede convertirnos en magos. Que con el Sol, las hojas tiernas y el florecimiento juvenil ayuda a destilar el calor y la humedad necesarios para la maduración de nuevos frutos de contento. La magia del olor de una rosa, por ejemplo, tiene la virtud de rescatar imágenes que creíamos perdidas en el caótico amontonamiento de los últimos trasteros de la memoria. A veces, para pasar un buen día, basta la rememoración de un él o de una ella y de aquello que llamamos amor. Realmente, los factores necesarios para desear que una vida sea eterna son pocos. Incluso para los vivos.